

EL LENGUAJE O EL NACIMIENTO COMO ALTERNATIVA A LA ENFERMEDAD ORGÁNICA DE GEORG GRODDECK.

Patrick Schmoll.

Concepción central en Groddeck.

Me gustaría resumir aquí, ciertos aspectos del pensamiento de Georg Groddeck, enfatizando una concepción particularmente importante en él, que se encuentra en la confluencia de varios de sus razonamientos y condensa lo esencial de su doctrina. Esta concepción es la que ve en el lenguaje y en el nacimiento, dos alternativas posibles a la enfermedad orgánica. En otras palabras, un sujeto con una enfermedad orgánica puede, de acuerdo con esta concepción, deshacerse de una enfermedad “intercambiándola” de alguna manera, por una manifestación diferente de “aquello” que estaba anteriormente presente en la naturaleza de la enfermedad.

La primera posibilidad de “trueque”, es aquella que consiste en **hablar** o, más generalmente, de expresar en una forma simbolizada y lingüística, ese algo que se expresó en la enfermedad en una forma estrictamente orgánica. Esta idea ya está presente en el primer trabajo de Freud y Breuer sobre la conversión histérica: cuando Anna O., una de las pacientes que Breuer tuvo la oportunidad de tratar, les permitió describir su método como “talking cure” (cura por la palabra)¹, y atribuyendo ambos autores a la expresión verbal un valor catártico “El ser humano encuentra en el lenguaje un equivalente del acto, equivalente gracias al cual el afecto puede ser ‘abreacionado’”².

Groddeck, en contacto con el trabajo de Freud, amplía el modelo de conversión a las enfermedades orgánicas que, a diferencia de la conversión y de los síntomas funcionales, implican la existencia de una lesión. Freud discutirá esta expansión, la que no está sujeta a ninguna restricción en Groddeck (el factor psíquico no es, según Freud, lo único involucrado en la enfermedad orgánica)³. El punto es que el discurso ha sido, desde Freud y Groddeck, el vehículo privilegiado para la curación en cualquier tratamiento psíquico de enfermedades orgánicas inspiradas en el psicoanálisis. Los autores señalan, a menudo, que la ausencia de libertad de la fantasía, la pobreza de ensoñación o de la vida onírica, y una disminución de los intercambios interpersonales y de la expresión verbal son características de los pacientes que consideran como psicósomáticos⁴.

Más original es la segunda idea, que ve en la aceptación por el sujeto de la paternidad o maternidad de un niño un equivalente sustitutivo de una enfermedad orgánica. Más esta idea es válida si se considera, como Groddeck, que el parto es un proceso que es tanto simbólico como orgánico, y que procede al mismo tiempo de los mecanismos del lenguaje y de los del cuerpo. Es orgánico si se considera desde el ángulo de la concepción, el embarazo y el parto. Pero también es simbólico si se admite que a veces puede ser **sólo** simbólico: en la adopción de un niño, por ejemplo, los lazos de filiación, y los sentimientos y afectos paternos y maternos se pueden establecer sin hacer referencia a un nacimiento biológico. Es por esto, que el parto, en su dimensión fantasmática, puede ser experimentado tanto por un hombre como por una mujer, incluso Groddeck parece, como veremos, reducir la paternidad al rango de una maternidad simbólica. Como un proceso orgánico, el parto puede reemplazar la enfermedad orgánica sin llevar como esta, a la muerte. Y lo puede, precisamente, porque también es un proceso que puede ocurrir sin que sea dicho con palabras.

Esta concepción particular de una articulación entre enfermedad, lenguaje y parto es de particular interés por más de una razón:

- desde un punto de vista biológico o médico, ya que constituye un enfoque peculiar de la enfermedad orgánica, un enfoque del cual se justificó además que podría calificarse de psicosomático, aunque el propio Groddeck no usaba este término;
- se podría decir desde un punto de vista “lingüístico”, porque propone una figuración de la génesis del lenguaje en los humanos como un proceso con una doble función: el de asegurar la comunicación entre individuos, como en otras especies animales; pero también, el de preservar la integridad orgánica del individuo mismo, puesto que donde en el hombre, el “Ello” no habla, si se puede expresar en la enfermedad. De hecho, los humanos y los animales domésticos son más susceptibles que otros animales a las “enfermedades de adaptación”, lo que indica que están relacionados con todas las formas de “domesticación”, en particular con fenómenos culturales y lingüísticos; algo que no puede ocurrir sin poner el lenguaje en el hombre como un posible campo de antagonismo entre dos términos contradictorios: las necesidades de la especie y la sociedad (comunicación interindividual) y las necesidades del sujeto (preservación de su integridad orgánica);
- finalmente, desde un punto de vista psicológico, con respecto a los enfoques de la relación padre-hijo, porque es obvio que tal concepción nos invita a preguntarnos nuevamente sobre las preguntas más frecuentes sobre este tema: ¿qué significa el deseo de tener un hijo? ¿Son las fechas de su concepción y de su nacimiento una coincidencia? ¿Cuáles son los factores que regirán el nombramiento del niño, su integración en un linaje, su conversión en un hombre o una mujer? etc...

Es por esto, que resulta particularmente interesante exponer el razonamiento subyacente detrás de esta concepción, incluso si esto significa tener que desviarse de un resumen de aspectos más generales del pensamiento de Groddeck.

La enfermedad orgánica revela una historia: la del Ello.

Georg Groddeck y su trabajo son cada vez más conocidos gracias a las traducciones y comentarios que le debemos a Roger Lewinter.⁵ Aunque fue ignorado durante mucho tiempo en Francia, el que se autodenominó “psicoanalista salvaje” ahora está de moda, al punto de ser presentado a veces como el padre de la psicosomática.

Es intencionalmente que uso el término “psicosomático” en su forma sustantiva, y es necesario que me explique. Groddeck no es quien inventó el término “psicosomático”, adjetivo o sustantivo: había sido encontrado antes que él y no está incluido en sus escritos. La etimología de la palabra es contraria a lo que él mismo había profesado siempre, porque se trata, en ciertos aspectos de un principio de separación que diferencia entre la psique y el soma, el alma y el cuerpo. Groddeck se oponía a tal dualismo: para él no existía un grupo definido de enfermedades psicosomáticas, las que, entre las enfermedades estrictamente mentales y las enfermedades estrictamente orgánicas, reuniera todas las enfermedades dentro de las cuales un síndrome orgánico resultaba de un cierto complejo psíquico; para él cada enfermedad correspondía a un cierto funcionamiento de la psique, al igual que todo complejo psíquico se revela orgánicamente. Es por eso, que es posible hablar en su caso, no de una **medicina** psicosomática, donde el término “psicosomático” se plantea como un adjetivo que especifica lo que sería un campo particular de la medicina, sino de una psicosomática, donde el término “psicosomático” se usa como un sustantivo para una forma general de pensar sobre la enfermedad y la medicina.

Para Groddeck, toda enfermedad revela una historia. Los casos que informa a lo largo de su trabajo, así como su propio autoanálisis, dan testimonio de esto: la enfermedad es un síntoma que debe entenderse, interpretarse, porque indica algo más allá de eso: disimulado, oculto. Como síntoma, ella se comporta como un **símbolo**: es, como dice Lewinter, “una presencia determinada por una ausencia que representa”⁶. Desde este punto de vista, la concepción groddeckiana de la enfermedad orgánica se basa en la concepción freudiana de la conversión histérica: la enfermedad significa el retorno de un deseo reprimido por una prohibición.

Por lo tanto, la enfermedad no es realmente el **efecto** de un conflicto psicológico. Sería más exacto decir que, para Groddeck, la enfermedad orgánica y los fenómenos de la vida psíquica son el efecto común de

algo más grande que cualquier otra cosa. Para aclarar esta idea, diría que la enfermedad es solo la parte visible de un conjunto de cambios orgánicos que son de interés para todo el cuerpo y, de la misma manera, la psique es, desde un punto de vista filogenético, solo una función especializada que resulta de y sirve al cuerpo como un todo.

Este conjunto, de los cuales los fenómenos psíquicos y la enfermedad son sólo partes, Groddeck lo designa por el pronombre indefinido **es** (Ello), para indicar su carácter al mismo tiempo externo a la subjetividad del **yo** abarcado su indefinición. Por lo tanto, el Ello de Groddeck no tiene nada que ver con el lenguaje freudiano de la segunda tópica⁷. Freud considera el Ello como el representante de los impulsos en la psique, mientras que Groddeck no ve en él ninguna entidad psíquica: especialmente porque está organizado en un Yo individualizado, en una actualización del Ello, del que precede y al que representa. El Ello groddeckiano sería, por lo tanto, más cercano a la noción freudiana de pulsión, es decir, a la idea de una fuerza orgánica por debajo de la psique, la que en sí misma sería una extensión, en el mundo de lo animado, de fuerzas físicas más generales: asimilación y disolución, atracción y repulsión⁸.

Las fuerzas del Ello se remontan a la unidad fetal.

¿Cuáles son los objetivos de las fuerzas del Ello y cómo es que se expresan a veces en la forma socializada y lingüística de fantasía, a veces en la enfermedad? ¿Cómo puede sanar el paciente, dejar la enfermedad para obtener una expresión simbólica de estas fuerzas? Groddeck retoma el mito platónico del andrógino primordial⁹ y ve en la naturaleza del deseo humano una búsqueda de la unidad que responde a la experiencia existencial de la división. Esta división está inscrita en el **Yo**, ya que la experiencia subjetiva abarca solo **representaciones** de los objetos reales e incluso selecciona estas representaciones, ya que una parte de ellas nos son inconscientes. El narcisismo, que responde a esta ruptura en el Yo y trata de negarlo, es, por lo tanto, sólo una búsqueda fantasmática de la unidad del Yo. Esta división también está inscrita en la **diferencia de los sexos**. El amor por la pareja del sexo opuesto es la expresión de una fuerza que empuja al sujeto a fundirse en el otro para reformar el andrógino primordial.

Pero ya sea amor por uno mismo o el amor por los demás; Groddeck siempre encuentra el amor por la madre. Cualquier forma de deseo o amor se deriva simplemente de esta primera relación: la que une al niño con su madre, lo empuja a reintegrarse en su vientre y, ante la imposibilidad de este reintegro en lo real, a identificarse, fusionarse imaginariamente con ella. Ya sea un síntoma corporal o del habla, todo refiere sólo a eso: a volver a ser un niño.

El niño es para Groddeck una modalidad del ser: modalidad de unicidad, por oposición al adulto cuya modalidad sexualmente está dividida en hombre y mujer. El niño, pero no el niño tal como existe después del nacimiento, ya diferenciado como niño o niña: sino más bien, el niño tal como existe “suspendido” en el útero de su madre, sin educación, sin Yo ni superyo, indiviso en la imagen del Ello. Se podría agregar: el niño tal como es durante el primer período fetal, antes de que su división se manifieste en un ser sexual.¹⁰ Pero esta división ya está inscrita desde la concepción, en los genes cuyo óvulo ya es su portador, y más bien deberíamos decir el niño como aparece en el deseo de sus padres y, especialmente, de su madre, en el estado de abstracción independiente del cigoto mismo, en el estado de nombre o pronombre personal en un discurso.

Para el niño así erigido en la totalidad de todo a cuanto se refiere, el nacimiento es necesariamente una ruptura a la que todo su trabajo de ser humano no intentará más que anular. Es así, como el Yo y el lenguaje aparecerán como formaciones de compromiso entre las fuerzas naturales y salvajes del Ello, que empujan al sujeto a regresar al estado anterior de indiferenciación (compulsión de retorno), y a la restricción del superyó, (noción de represión de Freud), la expresión de la prohibición que la sociedad opone a tal retorno (prohibición del incesto). El Yo reproduce este compromiso en los dos aspectos que puede presentar: ignorante orgulloso del Ello, es totalmente una expresión del superyó, para ser socializado, sujeto a las leyes del lenguaje; pero también aspira a la unidad en el narcisismo, y como segunda formación de aquello que representa, quiere ser su símbolo, algo que es tanto presencia como ausencia y donde “la presencia, por su dualidad, recupera la ausencia”¹¹.

Esta aspiración de unidad se expresa en el lenguaje, el parto o la enfermedad

Así, el símbolo, por su dualismo, permite negar la ausencia y realizar una forma figurativa de la unidad fetal perdida. Esta posibilidad le da al lenguaje de los humanos una importancia particular porque asegura la integridad orgánica del sujeto. La fantasía, el sueño y, en general, las producciones culturales del hombre a menudo atestiguan una pendiente narcisista, donde la palabra aspira a ser considerada en discursos cerrados, completos, como los de un texto escrito, formaciones unificadas donde el sujeto se proyecta a sí mismo en una imagen que quiere ser perfecta. El análisis que Groddeck realiza del arte en general apunta a resaltar esta dimensión de aspiración por la unidad.

El parto, es decir, el proceso que asegura el nacimiento de un niño y, en consecuencia, la reproducción de la especie, adquiere un valor particular en Groddeck, por el hecho mismo de que los gestos que están en el inicio de tal proceso, a saber, el acoplamiento y la concepción, se encuentran atrapado en las redes de la simbolización y lenguaje.

Para Groddeck, la sexualidad es solo una de las modalidades simbólicas por las cuales el ser humano expresa su compulsión de regresar más allá del nacimiento. El hombre logra la unidad en el acoplamiento, lo cual se logra en el orgasmo: fusión donde el ensamblaje de dos términos complementarios logra el andrógino primordial. Pero la cima de este disfrute, para el hombre, está en la eyaculación, el destino natural de la erección, que lo separa nuevamente de la mujer, lo devuelve a la bisexualidad y lo obliga a comenzar una y otra vez. Así, la impotencia se explica por el miedo a esta castración, por el deseo de no llegar al orgasmo, de preservar la unidad andrógina, narcisista de uno mismo.

Las mujeres alcanzan la unidad en el embarazo, la convivencia de dos seres en uno solo. Se identifica así con la figura del andrógino, siendo doble, y con el imago de su propia madre, ya que la expectativa de un hijo la convierte a su vez en madre. El retorno fantasmático al útero materno se alcanza así doblemente. Pero, allí también, el punto culminante de este disfrute es el parto, el destino natural del embarazo que castra a la mujer de su hijo y la devuelve a la bisexualidad. Es por eso, que una madre nunca perdona a su hijo por haber nacido.

Vemos que Groddeck saca a relucir la asimetría de las posiciones y el futuro de hombres y mujeres de cara a la sexualidad y la reproducción, una asimetría que proviene de los efectos de lo cultural, del símbolo sobre lo biológico en el ser humano. El hombre ama a la mujer por lo que ella **es** a sus ojos: una figuración de la madre, el segundo término que debería permitirle recuperar su unidad andrógina. Es por eso, que erige a la mujer como un objeto ideal (mujer-objeto) y es por eso que concede tanta importancia al lugar simbólico de su diferencia, el falo, clave para su disfrute presentificado corporalmente en el pene.

La mujer se divierte con ella misma durante el embarazo y el parto, donde se realiza como madre. Ella hace del acoplamiento, tan importante para el hombre, un placer que es más simbólico, o simbólico en un grado superior podríamos decir, en la medida en que busca el pene del hombre, especialmente porque presentifica el falo y representa una esperanza de concepción, un niño en potencia. La mujer, por lo tanto, ama al hombre menos por lo que es que por lo que **tiene**: el falo, este término que debe sellar la hendidura que la castración original con la madre dejó en su cuerpo y a la que periódicamente recuerda en la forma de su sangrado menstrual.

Groddeck, por lo tanto, establece un vínculo orgánico entre estos tres términos que son el lenguaje, la enfermedad y el parto. Ellos tres están al final de las diferentes modalidades por las cuales se expresan las fuerzas del Ello. En una de estas tres formas, el ser humano satisface su obligación de regresar al útero de la madre: él se aparea, algo que a las mujeres conduce al embarazo y el parto; él habla, sueña y, de un modo más general, se manifiesta en todas las empresas simbólicas que la sociedad le ofrece; y esto se debe más al hombre, que encuentra así una compensación por su incapacidad para concebir un hijo real, así como a un variable número de mujeres que no quieren hijos; o de lo contrario cae enfermo, y nosotros encontramos en la historia de su enfermedad, a la vez un tejido de asociaciones simbólicas particulares y el secreto deseo de dar a luz.

Los tres términos están entrelazados, ya que la enfermedad, de una forma u otra, señala algo que el sujeto debería haber dicho, si hubiera podido expresarse en palabras. Del mismo modo, es bajo la égida del símbolo que los padres dan a luz, y podemos precisar aún mucho más dicha idea, ya que ello no

fuerza el texto de Groddeck y nos introduce a una cuestión que está comenzando a ser de actualidad en la psicosomática: aquella de la relación entre la enfermedad y una identificación patogénica del sujeto con uno o más miembros de su familia¹².

Pero es el niño al que los padres dan a luz lo que les da su condición de padre y madre. El hombre y la mujer asumen así el papel que sus propios padres habían aceptado en el momento de su propio nacimiento. El juego de la reproducción de la especie, por lo tanto, los invita a identificarse con sus padres. Es esta tal identificación la que permite que la especie se reproduzca. Pero esta identificación, estrictamente simbólica (identificación con significantes), esté teñida de confusión imaginaria (identificación con imágenes parentales), y no es **un** padre o **una** madre lo que el hombre y la mujer buscan ser sino **su** padre, o **su** madre. Y si, por esta confusión, el sujeto se identifica con uno de sus padres, ¿eso no equivale a decir que es él mismo quien se da a luz? O más aún, si este niño representa para el sujeto esa otra mitad que debe permitirle redescubrir la unidad andrógina, ¿eso no significa que el sujeto asimile a su hijo con su misma madre, con la abuela de este último?

Conocemos la salida para tal juego de asimilaciones: el niño no puede responder a tal deseo sino sólo asumiendo identificaciones claramente diferentes de las implicadas por el complejo tradicional de Edipo, tal como lo expone Freud. Groddeck afirma, además, de una manera que prueba lo contrario, que el niño viene al mundo sólo porque los deseos combinados de sus padres pesan sobre él, en la forma de las identidades que estos padres le piden que asuma. De hecho, en casos de esterilidad masculina o femenina, Groddeck considera que el sujeto estéril es de hecho alguien que inconscientemente odia a su madre¹³, lo que equivale a decir que se niega a identificarse con ella en concebir un hijo.

El ejemplo de la menstruación

Ilustraré la doctrina de Groddeck tomando como ejemplos dos temas abordados en su trabajo, y que están más estrechamente asociados que otros con el imaginario del parto: el tema de la menstruación, y el del cáncer.

Con respecto a la menstruación¹⁴, Groddeck señala que la palabra misma, como las de “reglas” o “períodos”, nos evoca primero la imagen de una hemorragia. Esto se debe a que todas inconscientemente representan el sangrado periódico como la marca de una lesión: la de la castración. En estos momentos, la mujer experimenta más agudamente la ausencia del pene y, a través de él, del falo que encarna. Del mismo modo, este sangrado despierta en los hombres el miedo a ser castrados y transformados en mujeres.¹⁵

Esta aparición del complejo de castración está lógicamente acompañada por un reforzamiento de la pulsión que nos lleva a anular esta castración. Esto explica porque para Groddeck el apetito sexual de las mujeres depende de sus reglas¹⁶. Para ellas, se trataría de cubrir la hendidura señalada por el sangramiento, cerramiento que se lograría por la intromisión del pene y, más aún, por el resultado esperado de esa intromisión: la concepción y el embarazo, que interrumpen la menstruación. El hombre, por otro lado, se sentiría atraído por la mujer en estos momentos debido a los cambios de olor que percibiría más o menos conscientemente en la mujer: el olor a sangre despierta el recuerdo de la madre, puesto que él nace en la sangre y el niño puede reencontrar ese olor todavía mucho tiempo después, cuando se refugia entre las piernas de su madre.¹⁷

Groddeck ve la evidencia del aumento de este apetito sexual en hombres y mujeres durante la menstruación en el hecho de que las violaciones son más frecuentes en esos momentos¹⁸. La mujer está más inclinada a seducir al hombre y el hombre está más inclinado a poseer a la mujer, más allá de los límites que suelen imponerles las reglas sociales y morales.

Este aumento periódico en la excitación sexual en ambos sexos durante la menstruación explica en parte las prohibiciones que pesan precisamente sobre las relaciones sexuales en esos momentos. De hecho, podríamos decir juntos con los antropólogos que la prohibición de estas relaciones es coextensiva con la del incesto y la del onanismo: el tabú se relaciona con un acto sexual orientado solo hacia el placer y que no permite, por lo tanto, ni procrear individuos, ni a la sociedad ni a la especie reproducirse.

Groddeck no se plantea sobre este punto, pero se extiende sobre los efectos secundarios de estas prohibiciones, efectos que confirman su dimensión social, incluso antropológica. La prohibición reprime el

deseo, pero no lo destruye y, por lo tanto, es por otros medios que se realiza. Las producciones culturales del hombre son, por lo tanto, en cierta medida los efectos de este cruce entre impulsos crecientes y prohibiciones.¹⁹

Cuando esta oposición dinámica entre el impulso y la prohibición no conduce a una producción cultural propiamente dicha, conduce a la enfermedad que, según Groddeck, es simbólica de la misma manera²⁰. Una gran cantidad de trastornos funcionales pueden afectar a una mujer durante su período: migrañas, varios dolores, náuseas, etc. Siguiendo a Groddeck, uno podría muy bien admitir, como W. Fliess, con quien Freud había mantenido correspondencia en sus inicios, que las enfermedades orgánicas más graves podrían estar relacionadas con la menstruación²¹. Finalmente, si recordamos que el parto y la enfermedad para Groddeck están relacionados, y que para él, además la concepción y el embarazo interrumpen la menstruación, podemos cerrar el ciclo, puesto que el parto se presenta ahora imaginariamente como una “gran menstruación” equivalente a nueve menstruaciones normales retenidas. En consecuencia, se plantea acá la equivalencia imaginaria: enfermedad = parto = menstruación.

El ejemplo del Cáncer.

El cáncer es una enfermedad que afecta entre una quinta y una cuarta parte de la población de las sociedades desarrolladas. Algunos investigadores creen que en un futuro bastante cercano podría representar hasta un tercio de las muertes en algunos países. Este aumento en la mortalidad por cáncer está relacionado con cambios en la sociedad, urbanización, estilos de vida, etc. Por lo tanto, no es posible excluir que los procesos psicosomáticos puedan participar en la etiología de las enfermedades cancerosas.

Groddeck plantea la pregunta por primera vez en **Nasamecu**, donde dedica algunas páginas a la discusión sobre la conveniencia de extirpar los tumores malignos²². Él se opone porque cree que la ablación no tiene efectos positivos y, qué, por el contrario, puede empeorar el pronóstico. Y nos recuerda que los antiguos aconsejaban nunca tocar el tumor mismo.

No fue sino hasta 1934, el año de su muerte, que escribió un trabajo bastante breve dedicado adecuadamente al cáncer²³. Expone la idea de que el cáncer está necesariamente relacionado con la maternidad. Para hacer esto, se basa en ciertas observaciones comunes: el cáncer se desarrolla en las mujeres, especialmente en lugares del cuerpo involucrados en el nacimiento y el desarrollo del niño, el útero y los senos; las hormonas sexuales femeninas experimentan un aumento cuantitativo en esta ocasión; en humanos, las localizaciones más frecuentes confirman la idea de que el tumor es equivalente en él a un embarazo, porque son regiones del cuerpo que reciben, conservan o rechazan: la boca, el sistema respiratorio, el aparato digestivo.

Para Groddeck, el aumento de las tasas de morbilidad y mortalidad por cáncer está estrechamente relacionado con la reducción de la tasa de natalidad en Occidente. El Ello expresa así de otras maneras lo que se desea con más fuerza: dar a luz. La hinchazón, agrandamiento o crecimiento causado por el tumor se convierten en signos visibles de este impulso de parto. Así es como, unos años antes, en el **Libro del Ello**, Groddeck hizo que Patrick Troll contara la historia de su bocio:

“Hace unos veinte años me salió bocio. Entonces yo no sabía lo que sé ahora- o al menos- lo que creo saber. De todas formas, lo cierto es que anduve diez años con el cuello hinchado y ya me había resignado a ir así a la tumba. Pero al llegar al conocimiento del Ello me di cuenta –y cómo llegué hasta aquí carece de importancia- que esa hinchazón no era sino un niño que yo había fantaseado. Usted no ha ocultado su admiración por el hecho de haber quedado libre de esa monstruosidad sin necesidad de operación, sin tratamiento del tiroides, sin yodo. Mi opinión es que la hinchazón desapareció porque mi Ello reconoció y le hizo reconocer a mi conciencia que yo, como toda persona, tengo una naturaleza y una vida sexualmente dobles y que ya no había por qué demostrarlo de forma tan concreta”²⁴.

El lenguaje y el parto como defensas contra la enfermedad.

A partir de aquí, debemos distinguir entre lo que el razonamiento deductivo y los aportes de Groddeck a Freud nos permitirían, y habrían permitido a Groddeck concluir aquello que efectivamente concluyó. Dada la diferencia de naturaleza que existe entre los procesos orgánicos y los procesos de la representación psíquica, más particularmente los del lenguaje, ello nos autoriza a considerar, bajo los términos de esta concepción, al

lenguaje, aunque también al parto (debido a una dimensión fantasmática que subyace al proceso biológico), como mecanismos de defensa opuestos por el aparato psíquico a la enfermedad orgánica. De este modo, Groddeck pone estrictamente en el mismo plano de la enfermedad, al parto y la equivalencia de lenguaje, dándole a la enfermedad el valor positivo de un símbolo y no el valor negativo de una falla de simbolización.

Especifiquemos la primera idea, que es la que lógicamente podríamos extraer de la concepción de Groddeck. La mujer está más cerca que el hombre de la verdadera satisfacción de sus impulsos: embarazada, se da cuenta de lo andrógino en lo real, ya que es realmente dos en uno; mientras que el hombre solo se da cuenta de la androginia en el símbolo. El hombre tiene el pene, un órgano que es solo una clave para el apareamiento, mientras que la mujer tiene el hijo. Por lo tanto, a la mujer se le ofrece particularmente la tentación de capturar al niño, de reintroducirlo imaginativamente en ella para convertirlo en uno de sus órganos, sujeto y dependiente. Para evitar esto, la sociedad prohíbe el incesto e impone el falo, tener al hombre, y no al niño, tener a la mujer, como un objeto sustituto, simbólico, de deseo para ambos sexos.

Es sólo al centrar su búsqueda en el falo, una entidad simbólica que solo puede encontrarse en las palabras del otro, que el padre y la madre pueden abandonar al niño a sí mismo, dejándole la oportunidad de ser a su vez un sujeto que habla, un sujeto cuyo discurso también busca el falo o la pretensión de poseerlo. El lenguaje organiza representaciones psíquicas y, de la misma manera, da a los impulsos de Ello la oportunidad de expresarse psíquicamente (en forma de deseo) y no orgánicamente (en forma de enfermedad). Las observaciones de Groddeck deberían haberlo llevado a esta conclusión: que la enfermedad surge en los “agujeros” del lenguaje, donde el impulso no pudo encontrar una salida psíquica.

El embarazo y el parto son, desde este punto de vista, como una enfermedad: una expresión corporal de la pulsión, lo que sugiere que la concepción, de la que se dice que es el fruto del amor de cada miembro de la pareja por el otro, ocurre, de hecho, en un momento en que la mujer deja de creer en el falo del hombre y en las actividades simbólicas que se tejen a su alrededor, para creer solo en el parto. El primer hijo a menudo nace cuando la pareja ya no es autosuficiente. El embarazo incluso se presenta como el prototipo de todas las enfermedades psicósomáticas, ya que Groddeck mismo ve en todas las enfermedades la huella de un parto representado.

Pero la diferencia entre el embarazo y el parto, por un lado, y la enfermedad, por otro, es que, a pesar de las asociaciones que se pueden establecer entre el embrión y, por ejemplo, un tumor canceroso que está creciendo con una velocidad y propiedades comparables, el embarazo normalmente no conduce a la muerte del sujeto, mientras que una amenaza de muerte pesa sistemáticamente sobre este último cuando está enfermo. Pues un proceso psíquico asegura el funcionamiento de la reproducción en tanto que la enfermedad señala la falla en un momento dado, en un lugar determinado de dicho proceso. El embarazo y el parto, así como todos los mecanismos biológicos que están asociados a la reproducción (la sexualidad en particular), por lo tanto, serían una especie de “casos límite” donde un proceso biológico, al margen de ser una enfermedad porque se desarrolla de acuerdo con los modelos parasitarios (el feto se alimenta de lo que toma del cuerpo de la madre) o tumorales (por propiedades embrionarias de las células involucradas en la sexualidad y la reproducción), es de hecho controlado por el organismo puesto que él es sostenido por una cierta representación psíquica.

Se puede apreciar aquí cuál puede ser el interés, anunciado anteriormente, de una tal concepción, incluso si solo la consideramos como una hipótesis cuestionable que debería ser verificada mediante observaciones más numerosas que las presentadas por Groddeck. Recordemos que ella implica una visión particular: 1) de las enfermedades orgánicas en su conjunto, 2) de las funciones del lenguaje y 3) de las relaciones entre padres e hijos y del lugar del niño en el deseo de los padres.

Enfermedad, parto y lenguaje como expresiones del Ello equivalentes entre sí.

Es importante tener en cuenta que Groddeck no formula sus conclusiones de esta manera. Desde cierto punto, él abandona el razonamiento para ceder a una forma de monismo místico que devuelve todo a la noción del **Ello**. Y es a partir de ahí que se acentúan las divergencias que lo separan de las concepciones dualistas y categóricas de Freud²⁵. Sin afectar el valor de su intuición original, es difícil no ver, en este cambio en su razonamiento hacia una completa confusión entre enfermedad, parto y lenguaje, la marca de un fantasma que es personal para él.

Groddeck no cree que el lenguaje permita a los humanos expresar un impulso que de otro modo se expresaría en una enfermedad. Es cauteloso con el lenguaje porque las palabras son mentirosas²⁶. Esto lo lleva a poner las palabras y el síntoma orgánico en el mismo nivel, como apariencias que solo refuerzan la ficción del Yo y que acentúan la ruptura entre este último y el Ello. Por lo tanto, la enfermedad ya no es un mal en sí misma, ella es como se dijo anteriormente, un **símbolo**, lo que permite a Groddeck ampliar hasta la confusión el sentido de la palabra “lenguaje”. Por lo tanto, nada nos motiva a forzar al Ello a expresarse en palabras en lugar de en síntomas y, si la enfermedad conduce a la muerte, esta no puede ser presentada más que como un nacimiento simbólico y que el cumplimiento final del placer es la extinción radical de la pulsión: aquello que muere se da a luz a sí mismo²⁷.

Del mismo modo, Groddeck se opone a la importancia que Freud atribuye al padre. El psicoanálisis se refiere a la existencia de dos seres humanos diferentes: el hombre y la mujer. El niño es solo un modo transitorio del ser humano, que debe ser superado en el reconocimiento de su sexo por parte del sujeto. Según una de sus elaboraciones teóricas, Freud ve en la neurosis el efecto de una fijación en una etapa infantil. En esta concepción, el hombre tiene un papel preponderante como primer representante del falo y la mujer vive como un “hombre castrado”. Groddeck, por el contrario, sitúa al niño como un modo esencial del ser humano, siendo el hombre y la mujer solo diferenciaciones secundarias. Por lo tanto, se valora la maternidad y se considera al hombre como “una mujer estéril” y obligado a agotarse en actividades sociales que reemplazan el parto (“concepción” en sentido figurado) lo que lo hace el maestro aparente de la sociedad. .

¿No expresa todo esto el rechazo de Groddeck al padre y su apego a la madre? Todo su trabajo se presenta como una apología de una relación madre-hijo que descarta deliberadamente el papel del padre. Y como el padre representa el orden del lenguaje y de la sociedad, Groddeck se convierte lógicamente en el ardiente crítico del lenguaje y la educación. Reconoce que el Ello puede expresarse tanto en palabras como en síntomas, pero al negar a la palabra un valor curativo, prefiere darle a la enfermedad un valor que a veces nos parece superior al del lenguaje. De hecho, pareciera que la enfermedad tenía mucho valor para el mismo Groddeck.

Los padres de Groddeck se llevaban mal. La madre despreciaba la medicina, que era una forma de rechazar al padre, que era médico. Muy pronto, ella inclinó al pequeño Georg a sus caprichos particulares, especialmente vistiéndolo como una niña hasta la edad de 6 años. El padre puso las cosas en orden, pero, si el hijo se identificaba visiblemente con el padre al punto que siguió sus decisiones y se convirtió en médico a su vez, era, al parecer, sólo para ocupar fantásticamente su lugar al lado de la madre.

Groddeck, de hecho, les atribuía una gran importancia a los números²⁸. La suma de las cifras de su fecha de nacimiento, 13-10-1866, da 26, su padre nació en 1826. Sus padres tenían 26 años en el momento de su matrimonio. Groddeck tenía 26 años cuando murió su madre, de 67 años. Tenía 34 años cuando nació su única hija, que siempre tuvo una salud mental frágil. Y fue en 1934, cuando murió de un ataque al corazón, él que había declarado que la enfermedad cardíaca era un “embarazo imaginario del corazón”²⁹. ¿De este modo se dio cuenta de su identificación con su madre, una condición para poder nacer a sí mismo en la muerte? El hecho es que tenía 67 años que murió. Como su madre.

BIBLIOGRAFIA

FREUD, S. La naissance de la psychanalyse, lettres à Wilhelm Fliess, Notes et plans, Paris, P.U.F., 1956.

_____ Essais de psychanalyse, Paris, Payot, 1951 (nouvelle édition, 1972).

FREUD, S., BREUER, J. Études sur l'hystérie, Paris, P.U.F., 1956 (nouvelle édition, 1978).

GRODDECK, G. Le Livre du ça, Paris, Gallimard, 1963 (nouvelle édition, 1973).

_____ Psychoanalytische Schriften zur Psychosomatik, Wiesbaden, Limes Verlag, 1966.

_____ La maladie, l'art et le symbole, Paris, Gallimard, 1969.

_____ Nasamecu : La nature guérit, Paris, Aubier-Montaigne, 1976.

_____ Ça et moi, Paris, Gallimard, 1977.

GROSSMANN, C. and GROSSMANN, S. The wild analyst, New-York, Braziller, 1965.

GUIR, J. Réflexions sur les phénomènes psychosomatiques, in Analytiques, 1, 1978, pp. 89-91.

_____ Identification et phénomènes psychosomatiques, in Lettres de l'École (Bull. int. de l'École Freudienne de Paris), 22, 1978, pp. 159-162.

MARTY, P., de M'UZAN, M. et DAVID, C. L'investigation psychosomatique, Paris, P.U.F., 1953.

REFERENCIA:

BULLETIN DE PSYCHOLOGIE. N° 351, tome 34 (fasc. 15-16), pp. 737-744, année 1981. Groupe d'études du langage II, Université de Strasbourg.

Volver a Bibliografía Georg Groddeck
Volver a Newsletter-13-ALSF

Notas al final

- 1.- Freud (S.), Breuer (J.). *Études sur l'hystérie*, nouvelle édition, 1978, p. 21.
- 2.- Idem, pp. 5-6.
- 3.- *Correspondance G. Groddeck - S. Freud*, in *Ça et moi*.
- 4.- Ver especialmente los trabajos de los psicoanalistas de la Escuela de Paris: P. Marty, M. Fain, M. de M'Uzan, C. David. Este aspecto de la enfermedad y del paciente psicossomático es particularmente enfatizado por estos autores, aunque también es informado por otros autores de diferentes escuelas.
- 5.- Traducción y prefacio de *La maladie, l'art et le symbole*, 1969 ; Introducción al *Livre du ça*, 1973; traducción y prefacio de *Ça et moi*, 1977.
- 6.- Prefacio de *La maladie, l'art et le symbole*, p. 20
- 7.- S. Freud, Le moi et le ça, en *Essais de psychanalyse*, p. 177 sq.
- 8.- S. Freud, *Au-delà du principe du plaisir*, en *Essais de psychanalyse*, p. 7 sq.
- 9.- *Du vivre et du mourir*, en *La maladie, l'art et le symbole*, p. 290 sq.
- 10.- Prefacio de *La maladie, l'art et le symbole*, p. 21
- 11.- Prefacio de *La maladie, l'art et le symbole*, p. 21.
- 12.- Guir (J.). – *Réflexions sur les phénomènes psychosomatiques*, en *Analytiques, 1*, 1978, pp. 89-91; *Identification et phénomènes psychosomatiques*, en *Lettres de l'École (Bull. int. de l'École Freudienne de Paris)*, 22, 1978, pp. 159-162.
- 13.- *Le Livre du Ça*, p. 15.
- 14.- Ver en especial las cartas 12 y 13 de *Livre du Ça*, pp. 119-133
- 15.- *Le Livre du Ça*, p. 200.
- 16.- Idem, p. 120.
- 17.- *Le Livre du Ça*, pp. 197-199
- 18.- Idem, p. 120.
- 19.- Idem, pp. 124-125.
- 20.- Idem, pp. 127-130.
- 21.- Freud (S.). – *La naissance de la psychanalyse, lettres à Wilhelm Fliess, notes et plans*.
- 22.- Groddeck (G.) *Nasamecu : La Nature guérit*.
- 23.- Groddeck (G.) Von den psychischen Bedingtheit der Krebserkrankung, in *Psychoanalytische Schriften zur Psychosomatik*, pp. 380-385.
- 24.- Groddeck (G.) *Le Livre du Ça*, pp. 24-25.
- 25.- Ver su *Correspondance avec Freud* en *Ça et moi*
- 26.- *Du langage*, in *La maladie, l'art et le symbole*, p. 239 sq. et *Caractère et type*, id., p. 256 sq.
- 27.- *Du vivre et du mourir*, en *La maladie, l'art et le symbole*, p. 290 sq.
- 28.- *Le Livre du ça*, p. 236.
- 29.- *Le Livre du ça.*, p. 25 et 206.